

roso el esfuerzo de los soldados del Pro- tendiente que como españoles pelean. To lo cuanto yo dijera en este sentido, seria pálido al lado de la realidad. Los carlistas se defendían con valor y con arte, teniendo, como varias veces he dicho, de su parte el terreno, las obras de atrincheramiento hábilmente prepara- das para cubrir el cuerpo de sus solda- dos, la sobriedad de sus costumbres y la ventaja inmensa de hallarse á la defen- siva. Juzgad por esto cuál no será el dis- gusto y aun la indignación de nuestro valiente ejército, cuando lee sueltos co- mo un reciente publicado en la Cor- respondencia, en el que se suponía á los carlistas huyendo poco menos que como borregos ante la presencia de las tropas liberales. Esto no es exacto, y debo decirlo muy claro para que el país no caiga de nuevo en esa especie de in- diferencia con que todos hemos mirado la insurrección durante los últimos tiem- pos. Los carlistas de estas montañas no huyen; se retiran, y se retiran á veces precipitadamente, pero con regularidad, cuando el empuje de nuestra infantería les enseña que es para ellos funesta la resistencia. Esto ha sucedido en cuan- tas acciones parciales se han librado du- rante los días 25, 26 y 27 de marzo; pero hemos comprado cara la victoria, como de éllo son dolorosa prueba las anchas fosas abiertas en los campos de Somor- rostro para dar honrosa sepultura á los valientes que sucumbieron, y las rela- ciones incompletas de heridos que os he remitido.

Quiere decir esto que la empresa de vencer al carlismo es superior á las fuer- zas del resto de la nación, resuelta á vivir gobernada por instituciones demo- cráticas? ¿Habrá de meditarse ya las bases de un convenio que ponga térmi- no á la lucha en que el país se agita? Pobre idea de su patria tendría quien lo primero imaginara, y no daría pruebas de conocer el espíritu de nuestro ejérci- to quien acerca de lo segundo abrigara la mas remota sospecha. No, no hay en las filas de estos sufridos y valerosos ba- tallones quien tenga duda alguna res- pecto al éxito de la campaña. Por esta vez, y quizá por efecto de la rudeza del combate, todos están convencidos de la necesidad de acabar de raíz con el car- lismo, y todos abrigán la seguridad de conseguirlo.

Las mútuas visitas á los campamen- tos de que he hablado en mis últimas cartas, no tienen significación alguna política, ni han dejado la menor huella en el ánimo de nuestros soldados que pueda hacer brotar la idea de un con- venio.

Y tanto es así, que habiendo llegado á conocimiento del general en jefe el disgusto con que la inmensa mayoría del ejército veía confundirse en las avanza- das de uno y otro campo á los soldados de ambos ejércitos, y el ansia con que los carlistas desean, ha prohibido toda comunicación, volviendo las cosas al estado que tenían antes del 25 de marzo sobre el terreno conquistado al ené- migo.

Desvanécese, pues, todos los ruelos y cedan ante el inmejorable espí- ritu de nuestros pundonorosos soldados las cavilidades de los suscitados, los deseos de los pusilánimes, si por ventura hay quienes á costa de la honra patria piensan en una transacción con el abso- lutismo, y las maquinaciones políticas de cuantos se propongan explotar la guerra civil en provecho de la causa propia. Aquí nadie se preocupa mas que de la guerra y de los medios mas eficaces para dominar el carlismo por la fuerza de las armas primero, y destruir en lo sucesivo los elementos que siempre le han dado vida. No creo que tardará el país en conocer nuevas y elocuentes pruebas de cuanto digo.

Mientras llega el momento de comu- nicarlas, poco y de escaso interés es lo que puedo decir en mis cartas para sa- tisfacer la general ansiedad que la pre- sa revela. Siguen en el campamento con gran actividad los trabajos de atrinche- ramiento, para batir al enemigo en ma- jores condiciones. Los ingenieros están prestando excelentes servicios, y no des- cansan ni día ni noche en su tarea. Hay batería que se ha construido en cuarenta y ochó horas á ménos de 400 metros de la iglesia de San Pedro y ménos de 300 de las grandes trincheras del ferrocarril de Galdames, situada encima del pueblo de Pucheta. Los carlistas presencian á simple vista estos preparativos sin hos-

tilizar á nuestra gente y ni siquiera con- testan al fuego de cañon que invaria- blemente se les hace todas las tardes desde Monte-Janeo. No hay día que no se presenten en nuestro campo algunos carlistas. Anteayer vinieron ocho, cuatro de ellos castellanos: ayer dos guías de Larramendi, uno de la avanzada del Montañó y otro de las fuerzas de Navar- rete, situa las en las montañas que bor- dean el camino de Valmaseda. Por cierto que este último me refirió un detalle có- mico. Hace tres días recibió Navarrete una gruesa cantidad para pagar á su gente. Esta, que se apercibió de ello y andaba muy escasa, hizo algunas indica- ciones para apresurar el momento de re- cibir el dinero; pero el cabecilla contestó que de un momento á otro iba á en- trar en fuego, y le parecía mas prudente aplazar el reparto hasta después de la acción, porque entonces *tocarian á mas los que sobrevivieran*. Someto esta nue- va manera de cumplir obligaciones naci- das de un contrato al estudio de los ju- riconsultos, en que seguramente encon- trarán en ella un derecho de acrecer des- conocido en nuestra legislación.

Ayer estuve en Muzquiz en busca de datos para contestar al sinnúmero de cartas en que se me pide noticias de je- fes, oficiales y soldados, y con tal motivo vi reunidos en una casa á una gran parte de los jefes y oficiales de las Navas y Estella. Conmueve la presencia de esos restos gloriosos de dos brillantes batallones. Compañía hay de Estella que ha te- nido dos oficiales muertos, tres heridos, 12 soldados muertos y 38 heridos. En to- tal, y según los estados que tuve ayer á la vista, las bajas del batallón son dos capitanes, cuatro tenientes y asféricas muertos, dos jefes y 15 oficiales heridos, 32 soldados muertos y 280 heridos, y un capitán y 60 soldados desaparecidos, que son en su mayor parte muertos y el resto heridos, cuyo paradero aún no es co- nocido por efecto natural de la confusión con que son recogidos en los momentos de la lucha y distribuidos después á di- versos hospitales. Poco mas ó ménos su- cede al batallón de las Navas, y todavía en mayor escala al de infantería de ma- rina, como he tenido ocasion de decir otras veces.

Al de las Navas pertenecía el teniente D. Ricardo Gonzalez Magreda, á quien se ha entregado la petaca de plata que un *pobre* había dedicado al primer oficial herido. El valiente oficial cayó al subir el 25 á la primera trinchera que to- mamos, recibiendo una grave herida en la region inguinal, de la que tardará mu- cho tiempo en curarse.

Aquel mismo día cayeron prisioneros un cabo y un soldado de Estella, á que- nes los carlistas se llevaron á la cima del monte. Durante la primera noche no les dieron alimento alguno, y como el soldado pidiera agua un carlista le contestó: «bebe fuego, tunante; por tí y los ne- gros como tú van á quedar arrasadas es- tas provincias.»

El soldado estuvo dos días, y en la noche del tercero cogió una manta, su correa, el de un carlista, y á favor de la niebla huyó, presentándose al amanecer siguiente en el cuartel general. El duque de la Torre le mandó á su batallón des- pués de haberle gratificado por su arrojo.

Otros muchos rasgos de valor y de nobleza van sabiéndose y cundiendo por el campamento á medida que el tiempo pasa y sirven de tema ordinario en las conversaciones que los jefes y oficiales tienen como único entretenimiento en la ingrata vida de campaña.

Esperáse de un momento á otro en el cuartel general de San Martín al señor marqués del Duero, que viene, según creo, á conferenciar con el general en jefe para combinar un movimiento cuyo resultado ha de ser mas importante aún que el levantamiento del sitio de Bilbao.

A estas horas debe hallarse en San- tander presenciando el embarque de un batallón de carabineros y algunas otras fuerzas que vienen aquí para formar el tercer cuerpo de ejército. Hace tres días me sorprendieron agradablemente en el muelle nuestros amigos Tomas Carrete- ro y Enrique Leguina, que han venido á visitar el campamento. También ha lle- gado esta mañana el Sr. Ortiz de Pinedo, ansioso por conocer estas formidables po- siciones á la vez que de saludar al ilus- tre duque de la Torre, con quien ha al- morzado. Presumo que estas visitas serán allí muy comentadas, como lo han sido otras recientes, no sé si con justicia ó no. Para que esta vez haya por lo menos al-

go en que fundar los comentarios, debo decir que esta tarde se han reunido en el gabinete que el duque de la Torre tie- ne en San Martín varias personas, entre ellas el ministro de Marina, el General Lopez Dominguez, el general Palacios, el Sr. Ortiz de Pinedo, el Sr. Carretero y creo que el Sr. Zugasti, aunque de este último no estoy bien seguro.

La reunión ha durado poco mas de una hora; en ella como es natural, se ha hablado de la política madrileña bien po- do en armonía, por cierto, con el desapa- sionamiento que reina en el cuartel ge- neral. Los Sres. Ortiz de Pinedo y Carre- tero regresan esta misma tarde á Madrid.

Con ellos estuvimos visitando ayer las avanzadas del centro hasta llegar á tiro de pistola de las trincheras carlistas frente á Pucheta. Sirviéronnos de *cicero- nes* los generales Andía y Palacios y el brigadier Sr. Ruiz Dana, que fueron ex- plicando minuciosamente á los visitantes la importancia de las posiciones enemi- gas y algunos curiosos episodios de las sangrientas jornadas de marzo. Por una rara coincidencia, la línea carlista está estendida en ese lado por dos batallones guipuzcoanos que manda Lasa, coman- dante que fué de las prisiones militares de San Francisco, y á quien el general Andía defendió en una causa que se le instruyó en 1837. Lizárraga es general de division encargada de dirigir la de- fensa del centro carlista.

Otras curiosas noticias del campo enemigo he sabido hoy por conducto del ayudante de un coronel recientemente ascendido á brigadier, el cual ha hecho una larga visita al campamen- to carlista después de vivísimas instan- cias de algunos de sus jefes y oficiales. Pero la pulencia me impone por ahora una gran reserva. Diré, sin embargo, que la muerte de Ocho, la alta intelligen- cia militar, y la de Roldán, personifica- cion de la intransigencia absolutista, ha aumentado la division y el desconcierto en las filas del Pretendiente. Sé positivamente que hay un partido favorable á la paz hecha á toda costa, y otro que á ningun precio se avendrá á daponer las armas. Pero no se cree que entre los par- tidarios de la paz hay armonía. Cada cual defiende de como basta para ella una so- lucion distinta, siendo los menos aque- llos que pasan por ser la mayoría entre los hojalateros de esta época.

Un jefe carlista de alguna significa- cion se ha atrevido á proponer en nom- bre de uno de sus principales generales, una base de avenencia para terminar la guerra. Según él, lo mas acertado es la proclamacion del pretendiente como rey de España, el cual reconoceria al hijo de doña Isabel II como príncipe heredero. En concepto de los absolutistas alfon- sinos, esta solucion envuelve un rasgo de generosidad que enaltece á D. Carlos, pues al fin el tien un ejército; mientras que la bandera del príncipe Alfonso no ha logra lo levantar un solo hombre ar- mado. Doy estos detalles públicos en el campamento, para que por ellos se pue- da juzgar de algunas de las opiniones de- fendidas en el campo carli- ta.

Empiezan á notarse desde la altura de Monte Janeiro algunas señales hechas con Bilbao, hasta ahora incomprensi- bles. Esta mañana, á cosa de las once, han desplegado los sitiados un gran lien- zo blanco, en la cárcel de Larrinaga. Posible es que en él hubiera algunos sig- nos; pero la falta de un anteojo de gran alcance llegado ayer mismo ha impedido averiguarlo.

El bombardeo ha debido ser hoy de escasa importancia. Desde las diez á las tres de la tarde no se ha visto disparar más que 18 tiros de las baterías que los carlistas tienen en Santo Domingo. Verdad es que no deben andar muy sobrados de municiones. Se sabe que en la fábrica de fundicion de Ibarra, única que los puede servir para fundir proyectiles, no han po- dido obtener en tres meses mas que 3000 huecos, que deben estar ya agota- dos.

La situacion de los bilbainos no es desesperada ni mucho menos. Tienen to- davía para mucho tiempo y en abundan- cia harinas, patatas, legumbres y sala- zon; logran obtener de cuando en cuando algunas, aunque pocas, reses, y hasta ahora no les ha habido necesidad de recur- rir á la carne de caballo.

Cierro aquí mi carta, para no hacerla mas pesada reservando para la próxima hablar de los heridos graves, que en ge- neral siguen en buen estado de curacion. Vuestro siempre.—M. Arauz.

*Exposicion.*—Sr. Presidente: La si- tuacion aflictiva y angustiosa en que se hallan los Profesores de Instruccion pri- maria, señaladamente en los distritos rurales, exige una medida pronta y efi- caz que remedie este grave mal, ó por lo menos lo atende, hasta que por medio de una ley general preparada con la calma y madurez necesaria y robustecida con la autoridad moral y material de las Cortes se resuelvan los diversos proble- mas que entraña la organizacion de la instruccion pública en todos sus grados. Encuéntranse actualmente y desde hace bastante tiempo dichos Profesores vejados hasta el extremo, ya con la su- presión de sus Escuelas, ya con la arbit- raria destitucion de sus cargos, ya con persecuciones individuales en algunas localidades, y sobre todo, con el conside- rable retraso en el pago de sus módicas dotaciones, viéndose reducidos á la ma- yor estrechez, cuando no sumidos en la miseria y lastimados en sus derechos, hallándose tambien las Escuelas, como es consiguiente, en el mas deplorable estado de abandono.

Numerosas reclamaciones se han ele- vado á la Direccion general del ramo y al Ministerio de Fomento haciendo pre- sente esta crítica situacion del profesora- do de Instruccion primaria y pidiendo se le pusi- se término; la prensa periódica de todos los partidos, y especialmen- te la consagrada á la defensa de los in- tereses del Magisterio, ha dirigido constan- tes y enérgicas excitaciones al Go- bierno con el mismo objeto, y la opinion pública, haciéndose eco de este clamor general, exige imperiosamente que no se demore por mas tiempo la satisfaccion de tan apremiante necesidad.

El Gobierno ha dictado en épocas an- teriores diferentes disposiciones á fin de que los Ayuntamientos, ateniéndose es- trictamente á lo prevenido en las leyes y reglamentos, no solamente respetasen los derechos de los Profesores de prime- ra enseñanza, sino que atendiesen al pago de sus haberes y del material con la debida puntualidad, habiéndose lle- gado en 21 de Enero de 1871 al extremo de mandarles satisfacer sus atrasos por el Tesoro público, al que deberian rein- tegrar después los Ayuntamientos. Pero estas laudables medidas no produjeron, por desgracia, más resultado que el auxilio momentáneo de aquellos funciona- rios; y quedando an pé la causa del mal, este revivió inmediatamente con igual ó mayor fuerza bajo la esperanza tal vez de otros adelantos semejantes; de suerte que hoy se hallan las cosas en una si- tuacion idéntica á la que antes, y aque- llas disposiciones existia. Sea por la re- ferida esperanza, ahora más que nunca irrealizable, dada la creciente penuria del Tesoro, sea por hallarse privados los Ayuntamientos de algunos de los recur- sos con que antes contaban para sus gastos municipales, sea porque el prin- cipio de autoridad no ha sido en deter- minadas circunstancias tan respetado como era necesario, sea, en fin porque en algunas comarcas todavía no se da á la educacion toda la importancia que tiene, siendo como es el origen de todas las fuentes de la prosperidad social, lo cierto es que el personal y material de las Escuelas de primera enseñanza, no solamente quedan postergados y des- atendidos cuando los fondos existentes no bastan para cubrir todas las atencio- nes del Municipio, sino que aun en épocas de más holgura se les mira con cierto desden, que ni por las condiciones de los que están en sagrados á la noble profesion del Magisterio, ni por lo eleva- do y digno de su mision puede justificarse de manera alguna.

La ley de 9 de Setiembre de 1857, que dejó á cargo de los pueblos la ensañan- za de los niños de ambos sexos, man- dando incluir en los presupuestos muni- cipales como gasto obligatorio la canti- dad necesaria para atender á la misma, dispuso al propio tiempo en su art. 198 que el Gobierno adoptase cuantos me- dios estuviesen á su alcance para ase- gurar á los Maestros el puntual pago de sus dotaciones; pudiendo, cuando fuese necesario, establecer en las capi- tales de provincia la recaudacion y distribución de los fondos consignados para este objeto y para el material de las Escuelas, á fin de que los pagos se hi- ciesen con la debida regularidad y exactitud. Aun cuando al Gobierno no ha hecho uso de esta facultad que